



## Veranos del carro de la nieve

Entre pregones callejeros —el *afilaó*, los higos chumbós, el latero que ponía asitas a los botes y restañaba piteras de los pucheros y los mostachones de Utrera—, el carro de la nieve no sólo cantaba su asombrosa mercancía sino que proyectaba una sombra densa de agua derretida por el sol perpendicular, implacable, que marcaba el camino del verano. Tirado por la mula o, después, carronato mecanizado, del carro de la nieve salían los hombres, con arpilleras protectoras del hielo que quema y ganchos de película de miedo, con las barras para trocear y alimentar a las sustitutas de las viejas fresqueras. El armatoste que era la nevera acogía en su seno maravillado aquellos trozos, llenos de agujas transparentes, para conservar los alimentos. Antes, mucho antes de las fábricas, entre paja ya se llevaba y traía el hielo conservado del invierno desde **la Casa de los**

**Pozos de Nieve de Constantina**, que conocería antes que la gran Sevilla los adelantos de los americanos. Y antes de que Carmen Sevilla anunciara el «frío Philips», en un tanguillo de Rafael de León y de Augusto Algueró, y de que llegara el primer frigorífico eléctrico, la metáfora veraniega de las barras de hielo por las calles de Sevilla sigue guardando un pequeño resquicio de nostalgia o un sabor de frescor en el recuerdo de los más viejos y en la fascinación de los más pequeños. Los niños seguían alborozados el reguerrillo de agua del carro de la nieve, porque el escalofrío de la vida, como un remoto destello de la memoria del coronel Aureliano Buendía ante el pelotón de fusilamiento, corría paralelamente a la fugaz infancia en los mágicos Macondos sevillanos.

AURORA FLÓREZ

### Colección de ABC

Pie de foto original con el que se guardó: La venta callejera de hielo ante el llamado «carro de la nieve».

Autor: GELÁN

Fecha: Verano años cincuenta

Descripción en la Colección

ABC: Sevilla. Venta. Nieve.

Vendedores.